



Experiencias pedagógicas

La experiencia del PIT y la salvación de lo bello

“Lo pulido, pulcro, liso e impecable es la seña de identidad de la época actual. Es en lo que coinciden las esculturas de Jeff Koons, los iPhone y la depilación brasileña. ¿Por qué lo pulido nos resulta hermoso?”, se pregunta Byung-Chul Han en el inicio de su libro *La salvación de lo bello* (2015). Se responde: “Lo pulido e impecable no daña. Tampoco ofrece ninguna resistencia. Sonsaca los ‘me gusta’”. Luego, trayendo a Heidegger, concluirá: “el ‘me gusta’ es de *un tiempo sin Eros, sin belleza*”.

Este filósofo nacido en Corea, formado en Alemania, actualmente profesor en la Universidad de las Artes de Berlín, insiste en señalar a lo largo de sus numerosas publicaciones que el imperativo social actual es el de la positividad. Toda negatividad resulta eliminada. Dice que no solo se vuelve pulido lo bello, sino también lo feo; así se le quita toda negatividad, toda capacidad de interrumpir, de provocar molestia, de habilitar pregunta. Hoy, hasta lo que aterra, lo que da miedo, se satina y se lo convierte en una fórmula de consumo y disfrute.

Habría que contarle a Byung-Chul Han lo que arroja la experiencia del Programa de inclusión y terminalidad de la educación secundaria y formación laboral para jóvenes de 14 a 17 años (PIT). Porque un imperativo no es ley y la escuela puede responder; por ejemplo, cuando ejerce una escucha amorosa (en sentido arendtiano), hace lugar al Eros y, en medio de todas las asperezas, bellos actos son posibles.

Los jóvenes que se acercan al PIT vienen con historias familiares, sociales y escolares en las que aparecen marcas de una identidad en las que nada, o poco, luce pulido, liso, brillante. Creo que no es exagerado decir que, por el contrario, estos jóvenes nos muestran todas las roturas, los quiebres, las rugosidades y fealdades que los seres humanos somos capaces de producir. Viven situaciones de violencia, delito, adicciones, exclusiones. En estas historias sobra abandono. Están como la Pulgarcita de Serres (2013): desnudos, sin lazo. Andan sueltos, *como un átomo sin valencia*. Podrán decirme: “Como todos lo estamos en esta época...”. Sí, pero quizás un poco más. Sus historias narran que a sus padres ya les resultó difícil –cuando no imposible– construir lazo social, laboral, familiar, escolar.

Llegan acá cuando ya han intentado muchas veces. En las escuelas de las que vienen (porque muchos han ido a varias) les han dicho que no podían, que no se adaptan al sistema, que no llegan a los estándares requeridos; y son aplazados una y otra vez. Ellos no encajan, no entran en el modelo de estudiante que el sistema ha construido para transitar exitosamente la escolaridad.

Victoria, Rodrigo y Paloma coordinan el PIT¹. Ellos me cuentan su experiencia en el programa. Hace años que trabajan juntos; fueron profesores, coordinadores de sede y ahora están en la coordinación general. Hablan pausado, como buscando en esa historia (que no es muy larga, pero sí –se percibe– densa, muy cargada de sentido) aquello que quieren contar, aquello que los ha marcado. Quieren contar lo que hacen y lo que quieren hacer, lo que desean; lo que sienten que es su responsabilidad. Me cuentan que el “PIT es como una promesa, ellos (por los jóvenes) creen que es su oportunidad, nosotros tenemos que cumplir”.

Agregan:

Hay que escucharlos. El PIT, políticamente, es eso, la expresión de una escucha, abierta y dispuesta a hacer algo a partir de allí. Si vos hablás con ellos² y les preguntás qué encontraron en el PIT, te van a decir, en primer lugar: “Acá nos escuchan”.

¹ Victoria comenzó a trabajar en el PIT como profesora, después coordinó uno y, desde 2016, es la coordinadora provincial del Programa. Rodrigo y Paloma también fueron profesores del PIT y se incorporaron como equipo técnico de la coordinación en el 2016.

² Y lo hice. Hace años sigo la experiencia del PIT. Aquí una entrevista a jóvenes egresados: <https://youtu.be/DZCBscr8MCo>

Y eso es así. Por ejemplo, a los egresados nosotros siempre les preguntamos: ¿por qué pudieron terminar acá la escuela? Y la primera respuesta es esa: “Acá nos escuchan”. Los escuchamos, los recibimos, queremos que vengan, que se queden, los vamos a buscar y, más que nada en el mundo, queremos que aprendan. Nos preocupamos por enseñar, por enseñar de tal modo que resulte posible el aprendizaje. En eso estamos todavía, ¿no? Tratando de ver cómo, qué hacemos cuando enseñamos.

Hablan en plural. Los jóvenes egresados lo hacen cuando dicen “**nos** escuchan”. Y Victoria, Rodrigo y Paloma también hablan en plural. Hablan en primera persona del plural. Lo que me cuentan, **los** involucra. Quizás sea esta la experiencia del PIT, que se **hace con, entre** otros, que ofrece a los jóvenes un vínculo que les permite ser parte de un “**nosotros**”. Un “nosotros” que se constituye gracias a las diferencias, a lo que los jóvenes dicen y los adultos escuchan.

“Los escuchamos” quiere decir que hacemos lugar a esas palabras/historias aunque nos duelan o molesten. Dicen, justamente, lo que no queremos escuchar, lo que nos incomoda como docentes, pero también como adultos, como sociedad, como sistema educativo.

Los jóvenes que llegan al PIT viven y cuentan situaciones de vida social, familiar y escolar en las que nosotros, los adultos, no quedamos muy bien parados. Somos los que no los hemos recibido en las instituciones educativas, quienes tampoco les hemos propiciado un lugar en la familia, los que los maltrataron en las instituciones que deberían haberlos recibido cuando –como dice Arendt– *fueron arrojados al mundo* y quedaron sueltos. Somos, también, los adultos que los estigmatizan en los medios priorizando el lucro por sobre todas las cosas. Son jóvenes que tienen entre 14 y 17 años, ¿vamos a decir que, a esa edad, pueden “responder” por la vida que viven como si ya hubiesen tenido oportunidad de elegir? ¿La han elegido a los 14, 15, 16 años...?

Nos duelen sus historias y muchas veces no sabemos cómo hacer, pero sí sabemos qué: tenemos que enseñar, ellos tienen que aprender; y eso no ocurrirá si no los escuchamos, si no los acompañamos en ese proceso. **Enseñar, escuchar y acompañar** son palabras claves en el PIT. Hay lugar para eso porque nos interesa “mover” la escuela, sacarla de la sordera.

De vez en cuando, exageramos y decimos que nos gustaría romper en mil pedazos ese modelo escolar que deja afuera a miles de jóvenes que no eligieron las situaciones de vida que tienen y que son las que, en la mayoría de los casos, les impiden sostener la escolaridad. Nos da rabia, nos enoja y, también, nos energiza para encarar un trabajo que es el que hacemos todos los días y es... complicado. A veces, cansa, parece que no se puede, nos salen mal las cosas. Porque el objetivo está claro y es muy loable, ¿quién te va a negar hoy una escuela inclusiva? De “palabra”, todos de acuerdo. Pero, ¿cómo lo hacemos? No tenemos (no hay) receta para eso. Hablar es fácil, pero el caminito que te lleva por ahí hay que ir haciéndolo todos los días. Y no es de a uno; no depende de uno. Eso también lo complica. Acá no hay un superhéroe que viene a salvarnos. Es el trabajo. Y es un trabajo que estamos aprendiendo a hacer. Es entre todos, con los coordinadores, con los profesores, los preceptores; y sin “caretear”.

Hay que “blanquear”, no solo para afuera, también entre nosotros: el PIT se armó para “arreglar” la escuela que, así como estaba, no podía recibir a todos los jóvenes. Si alguien se pensó que era una “changuita... unas horitas más con pocos pibes, para meter a los amigos...”, se equivocó. Nos llenamos la boca hablando de la inclusión, pero acá hay que arremangarse, viste. Nosotros decimos que para declaración de principios ya tenemos la resolución que nos orienta, la Ley de Educación Provincial 9870 y, si todavía tenemos dudas, está la Ley Nacional 26206.

Todos recitamos la inclusión, la reivindicamos, nos llenamos la boca. Ahora: ¿cómo se hace? Cómo se hace, además, sobre la base de lo que hemos construido; no es que levantamos un telón y “de acá para allá es el PIT y de acá para allá la otra escuela”. Hay que hacer con lo que tenemos. La escuela puede reinventarse. Como dicen Masschelein y Simons: la escuela es una invención humana, por tanto, puede reinventarse. Pero la escuela tiene historia.

La experiencia del PIT está proponiendo otro modo de establecer vínculo: con el tiempo, con los otros, con la herencia que recibimos del sistema, con lo que nos piden las nuevas generaciones.

Nosotros creemos que escuchar a los jóvenes nos permite revisar esa invención para recrearla. No para destruirla, sino para reinventarla. Lo que ellos nos cuentan de sus experiencias escolares infructuosas no sirve si es para juzgarnos, acusarnos, autoflagelarnos por los errores cometidos. Solo si esa escucha de lo que no hicimos bien “nos hace” preguntas vale la pena exponerse a ella.

Otra vez, el plural: “**nos** hace preguntas”. Insisten, sostienen la mirada, saben cuál es el horizonte, quieren, trabajan. Lo rugoso, lo feo, lo incómodo; esas historias que traen los jóvenes en sus relatos, y que encuentran escucha en el PIT, nos abren a una nueva posibilidad.

El PIT va a cumplir 9 años de historia y algunas cosas nuevas van pasando. Hay más de 3000 egresados, 80 sedes en todas las localidades de la provincia y, cada año, más de 5000 jóvenes que habían dejado la escuela se inscriben acá y comienzan otra vez.

La experiencia del PIT es la posibilidad de un nuevo comienzo (otra vez, agregaría Arendt). Nos abre una nueva oportunidad. No solo a los jóvenes de terminar su escolaridad, sino, principalmente, a nosotros: los adultos, la sociedad y el sistema educativo; podemos ser mejores, menos injustos, más responsables.

Lo que hacemos es reacomodar la escuela para que los jóvenes puedan estudiar, hacemos cambios en la organización: otro régimen académico. No es fácil, pero está avanzado. Son otros modos de transitar la escolaridad en un tiempo que se puede ajustar a situaciones diferentes, a otras formas de estar en el aula –la del pluricurso–, otras formas de plantear la evaluación, otras reglas para la promoción, otros ritmos en el estudio.

Y, también, lo que te decíamos antes: recibirlos con un beso, que sepan que nos alegran, que los estamos esperando; llamarlos por el nombre, reconocerlos, mirarlos a los ojos, preguntarles cómo están; ir a buscarlos cuando dejan de venir, sostenerlos en la concurrencia a la escuela. Privilegiar en la tarea docente eso que llamamos “el acompañamiento a las trayectorias escolares”.

Es un acompañamiento que reconoce la diferencia –de lugares, de responsabilidades, de vidas, de edad, de saberes–, lo que no supone desigualdad. Por el contrario, repone igualdad; igualdad de las inteligencias, diríamos con Rancière. Un acompañamiento que se define por el no querer dejar solos y por el no querer quedarnos solos, sin compañía. Por eso, el acompañamiento definido –como diría Cornu (2017)– por la reciprocidad. La experiencia del PIT es la del acompañamiento que hace humanidad.

Comprender que el aprendizaje es un camino personal y, a la vez, estar atentos a que “aprender en la escuela –como nos decía Meirieu– tiene una potencialidad singular: se hace con otros”. Cada cual tiene un ritmo propio, un estilo característico, logros que alcanzar, pero tenemos que hacerlo con otros, hay que hacerlo en un pluricurso. Algo nuevo para nosotros como docentes, como sistema educativo, como escuela. Nos cuesta, pero también es una oportunidad. **Vamos a seguirla hasta encontrarle la vuelta.**

Ellos llegan al PIT diciendo que quieren volver a estudiar, que les dijeron que en este programa van a poder terminar. Tenemos que responder por eso, tenemos que hacernos cargo, tenemos que hacer una escuela secundaria que reconozca estos nuevos desafíos que tiene: esto es el PIT.

Actos políticos bellos se deben al Eros tanto como las obras filosóficas. La política que se deja conducir por el Eros es una política de lo bello. He vuelto a Byung-Chul Han, a lo que nos permite pensar. Lo bello es lo vinculante. Lo que funda duración.

Alain Badiou, dice Han, lo llamaría fidelidad. En su *Elogio del amor* (2012), Badiou escribe: “(...) de lo que fue un azar voy a sacar otra cosa. Voy a sacar de él una duración, una obstinación, un compromiso, una fidelidad”.

Adriana Fontana

Bibliografía

- Badiou, A. y Truong, N. (2012). *Elogio del amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Cornu, L. (2017). “Acompañar: el oficio de hacer humanidad”. En G. Frigerio, D. Korinfeld y C. Rodríguez (coords.), *Trabajar en instituciones: los oficios del lazo*. Buenos Aires: Noveduc.
- Han, Byung-Chul (2014). *La agonía del Eros*. Barcelona: Herder.
- Han, Byung-Chul (2015). *La salvación de lo bello*. Barcelona: Herder.
- Han, Byung-Chul (2017). *La expulsión de lo distinto*. Barcelona: Herder.
- Han, Byung-Chul (2017). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Rancière, J. (2007). *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Serres, M. (2013). *Pulgarcita*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Adriana Fontana. (2019). La experiencia del PIT y la salvación de lo bello. Revista Scholé 2019 (1), sección Experiencias pedagógicas. Recuperado de schole.isep-cba.edu.ar/la-experiencia-del-pit-y-la-salvacion-de-lo-bello/

